

Históricas Digital

Ana Rosa Suárez Argüello

“José Manuel Hidalgo”

p. 223-240

Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884.

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1996

590 p.

ISBN 968-36-4991-2 (Obra completa)

ISBN 968-36-4995-5 (Volumen IV)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_04/historiografia_mexicana.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



JOSÉ MANUEL HIDALGO

ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO*

Datos biográficos

Este importante político que tanta influencia tuvo en el destino nacional, y sin cuya vida no se puede explicar su obra histórica, nació en México en 1826, miembro de una familia noble de origen andaluz. Su padre, el español Francisco Manuel Hidalgo, fue coronel del ejército realista y jefe de estado mayor en la división mandada por Agustín de Iturbide para combatir a los insurgentes. Como tal, le tocó tomar el juramento al Ejército Trigarante al proclamarse el Plan de Iguala.

Se ignora el papel que el coronel Hidalgo desempeñó durante el efímero Primer Imperio. Se le localiza después en Cuba al frente de una de las secciones administrativas de la isla, donde José Manuel lo visitó en 1846. Se le encuentra luego en España, donde la familia Hidalgo tenía una casa y era bastante apreciada, y en la que al morir pidió a sus hijos que no olvidaran la sangre española que corría por sus venas.

José Manuel no lo olvidó.¹ Tampoco dejó de obsesionarle que su progenitor hubiera jurado el Plan de Iguala —el plan que defendía la religión católica, apostólica y romana, alentaba la unión de europeos y americanos e invitaba al trono mexicano a Fernando VII o, en su defecto, a un príncipe de la casa española de Borbón—, al cual se referiría cada vez que hablara de la necesidad de una monarquía en México.

Su madre fue Mercedes Esnaurrizar. Era hermana de Antonio María, general que combatió en el bando realista, fue luego tesorero de la nación y promovió el Banco de Avío, y a quien Guillermo Prieto tildó de gran estafador.²

La educación de José Manuel fue al parecer bastante mala. Más

* Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora.

¹ José Hidalgo, *Apuntes para escribir la historia de los proyectos de monarquía en México desde el reinado de Carlos III hasta la instalación del emperador Maximiliano*, París, Librería Española de Garnier Hermanos, 1868, p. 113.

² José Fernando Ramírez, *México durante su guerra con los Estados Unidos. Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, publicados por Genaro García*, México, Porrúa, 1974 (Biblioteca Porrúa, 59), p. 460-463.

tarde reconoció que había sido “ignorante como una carpa”.³ Aún mozo se sumó a las filas de la burocracia, en las oficinas de los ministerios de Hacienda y Relaciones. La invasión de Estados Unidos lo obligó a tomar las armas; fue oficial de la guardia nacional en el batallón de los Bravos que mandaba Manuel Eduardo de Gorostiza. Participó en las batallas de Padierna y Churubusco, donde actuó con valor.

La ocupación y la derrota ante el invasor norteamericano le dejaron una huella profunda. Como a muchos mexicanos del siglo XIX, a Hidalgo debió acosarle el recuerdo de la bandera de las barras y las estrellas ondeando en Palacio Nacional. La patria había sido humillada; la república no pudo defenderla. Estos sucesos lo llevarían a sostener que la integridad y la soberanía nacionales estaban amenazadas por las ambiciones de Estados Unidos y que una monarquía las haría respetar.

Hidalgo fue prisionero militar por algún tiempo. Recuperó su libertad después de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo. El presidente Manuel de la Peña y Peña apoyó entonces su ingreso al cuerpo diplomático; sirvió con José María Luis Mora en la legación de Londres, y luego fue nombrado segundo secretario en Roma, a las órdenes de Ignacio Valdivieso, a quien se había confiado la tarea de firmar el Concordato.

José Manuel pasó por París, donde los resultados de la revolución de 1848 lo impresionaron profundamente. Se dirigió a Marsella, luego a Roma, y al final a la fortaleza de Gaeta, en territorio napolitano, sitio donde el papa Pío IX, su corte, el rey de Nápoles, el cuerpo diplomático y quienes los rodeaban se protegían de los vientos liberales que soplaban sobre el viejo continente. Se ganó el afecto del pontífice en aquel tiempo, lo cual fortaleció su lealtad a la Iglesia católica y su fe religiosa.

Siguió al papa a Nápoles en 1849, y a Roma en 1850, luego de la pacificación de Italia por las tropas francesas, españolas y austriacas. Iniciaba una larga y exitosa carrera en la alta sociedad europea. Su carácter extrovertido y trato agradable le permitieron moverse sin dificultades, hacer buenas amistades y alternar con las personalidades de la época.

Con pocos recursos, Hidalgo se las arregló para superarse. Pasaba medio día en la legación —donde el trabajo no mataba a nadie— y el resto lo dedicaba al estudio y a las distracciones sociales. Aprendió

³ José Manuel Hidalgo a Luis García Pimentel, Villa Korn, Rottach-Egevu, Baviera, 23 al 27 de septiembre de 1893, en *Un hombre de mundo escribe sus impresiones. Cartas de José Manuel Hidalgo y Eznaurrizar*, compilación, prólogo y notas de Sofía Vereá de Bernal, 2a. ed., México, Porrúa, 1978 (Biblioteca Porrúa, 16), p. 23.

italiano, francés y algo de portugués. Siguió un curso de filosofía, recorrió Nápoles y Roma y viajó por otras ciudades de la península.

No fue raro que ya viejo, Hidalgo asegurase que la mejor época de su vida la había pasado en los Estados Pontificios. Gobernados por un jefe sabio y bueno, que tomaba las decisiones adecuadas en el momento apropiado, sin consultar al pueblo, la tranquilidad se respiraba en ellos. A diferencia de las sociedades democráticas, no había

sistema parlamentario, [...] libertad de imprenta, [...] periódicos, [...] acontecimientos políticos de ninguna clase. La agitación de la vida política, las emociones de los choques de los partidos, los acontecimientos que trastornan a las familias, los escándalos que conmueven a otras sociedades, eran cosas desconocidas allí [...] En Roma se vegetaba, pero se vegetaba en medio de una sociedad ilustrada, de un pueblo culto, al calor del sitio del catolicismo [...] ⁴

Su placentera vida romana terminó en 1853, cuando se le trasladó a Londres como segundo secretario. Aunque al principio Inglaterra le pareció un país frío, oscuro, formal, pronto descubrió la amabilidad de su gente y aceptó que el ambiente alentaba el estudio y la meditación, y el carácter nacional tenía “prendas que atraen, imponen y enseñan”.⁵ Recomendado por sus amigos romanos, los aristócratas ingleses lo recibieron con los brazos abiertos.

Hidalgo fue ascendido a primer secretario de la legación de México en Madrid en 1854. José María Gutiérrez Estrada, la eminencia gris de los monarquistas, a quien Antonio López de Santa Anna había dado la misión secreta de promover la corona mexicana en varias cortes europeas, pidió su traslado. Quería alguien de confianza en la capital de España y creía que José Manuel, con quien tenía alguna amistad y cuyas ideas políticas, relaciones y discreción le constaban, podía asistirlo.

De tal modo, Manuel Díez de Bonilla, el secretario de Relaciones, giró instrucciones al joven diplomático: debía apoyar a Gutiérrez Estrada, pero sin enterar a su superior, Buenaventura Vivó. La tarea era difícil, pero el joven diplomático, que quería acercarse a España y México —“somos hermanos habitando distinta casa”—, aceptó.⁶ Así, pugnó por que un príncipe hispano se sentara en el trono patrio y obtuvo la

⁴ José Hidalgo, *Recuerdos de juventud. Memorias íntimas de don José Hidalgo, antiguo ministro de México en diversas cortes de Europa*, ed. de El Nacional, México, Litografía de Gonzalo A. Esteva, 1887, p. 97-98.

⁵ *Ibid.*, p. 186-191; José Manuel Hidalgo, “Apuntes para la Historia del Imperio”, p. 15-119, en *Un hombre...*, p. 76-77.

⁶ Hidalgo, “Apuntes...”, p. 80.

promesa de apoyo del presidente del Consejo Real. Por desgracia para él y sus amigos, una revolución derrocó a los conservadores españoles, hizo peligrar el trono de Isabel II y suspendió los tratos ocultos con los mexicanos. El asunto se complicó con la guerra de Crimea. Finalmente, la caída del gobierno de Santa Anna quitó legitimidad a las negociaciones dirigidas por Gutiérrez Estrada.

Hidalgo continuó su intensa vida social. Hizo amistad entonces con la condesa viuda de Montijo y la duquesa de Alba, madre y hermana, respectivamente, de Eugenia, la emperatriz de Francia. Este vínculo, que se hizo estrecho, favoreció los planes monárquicos.

Nombrado en 1856 encargado de negocios por el presidente Ignacio Comonfort, quien ignoraba sus manejos secretos, Hidalgo no dejó de conspirar; quería sacar ventaja de las fricciones entre las dos naciones, y lograr la salvación de la mexicana, mediante la ayuda que Francia y España dieran a su partido para tomar el poder.

Su actuación en España terminó en 1858, cuando José María Lafragua, que había llegado como ministro de México —si bien no presentaría sus credenciales—, lo urgió a jurar la Constitución de 1857 y reconocer al gobierno liberal de Benito Juárez. Opuesto a las nuevas leyes y partidario del gobierno conservador de Félix Zuloaga, se negó en forma rotunda. Por ende fue destituido.⁷

Decidió mudarse a París. Cuando menos lo esperaba, frente a su hotel en Bayona, el carruaje de la soberana francesa se detuvo ante él. La condesa de Montijo y la duquesa de Alba, que acompañaban a aquélla, lo habían reconocido. Se hicieron las presentaciones; Hidalgo conoció así a Eugenia, quien tendría un papel decisivo en la fragua del Segundo Imperio mexicano.

Nuestro biografiado tuvo, desde entonces, múltiples ocasiones de exponer a la emperatriz la situación de su país, amenazado en su integridad y soberanía por Estados Unidos y dividido por la lucha de partidos, así como de rogar por el concurso francés para fundar una monarquía que protegiera el catolicismo y la raza latina de América. Ella, que gozaba de gran ascendencia política, influiría a su favor.

Hidalgo se estableció en París, donde radicó hasta su muerte. Retornó al cuerpo diplomático; el presidente Zuloaga lo nombró secretario de la legación en Francia, a las órdenes de Juan Nepomuceno Almonte, y Miguel Miramón lo ratificó en su puesto. En nombre del gobierno conservador, pugnó por la ayuda europea y logró la reanu-

⁷ *Ibid.*, p. 81, de Hidalgo a García Pimentel, París, 10 de enero de 1893, en *Un hombre...*, p. 81, 230.

dación de relaciones con España en el Tratado Mon-Almonte (1859), de cuya redacción se declaró responsable.

Publicó entonces un folleto, al que tituló *Algunas indicaciones sobre la intervención europea en México*, donde afirmaba, sin ambages, que sólo un poder exterior podría salvar al país. Esto haría posible el establecimiento de un gobierno de orden, fortalecería los lazos con las naciones hispanoamericanas y protegería a la Iglesia católica. Francia era la candidata idónea; de ninguna manera atentaría contra la independencia de México, que sólo aspiraba a pacificar y tornar en bastión ante la expansión de Estados Unidos.⁸

La emperatriz lo invitó al palacio de Compiègne, en el otoño de 1858. Tuvo entonces ocasión de describir al emperador la mala situación de México y asegurarle que el país se hundiría sin su ayuda. Habló de sus esfuerzos para establecer una monarquía, y redundó en el gran peligro: Estados Unidos pretendía dominar los océanos Atlántico y Pacífico, controlar el comercio mundial y erradicar toda influencia latina de América. Napoleón III respondió que Francia precisaba la colaboración de Inglaterra para intervenir, amén de un ejército, dinero y un príncipe.

Aunque se le invitó a tratar el asunto con el ministro de Asuntos Extranjeros, los meses pasaron sin resolverse nada. La derrota del general Miramón en Calpulalpan, a fines de 1860, marcó el fin del gobierno conservador. Otra vez destituido, Hidalgo permaneció en París. No estuvo inactivo. Recibía órdenes de Gutiérrez Estrada, radicado en Roma, y defendía sus ideas en todas partes. A la vez estrechaba su amistad con los emperadores.

Nuestro monarquista se daba cuenta de que Napoleón III quería intervenir, pero no podía renunciar a su propósito de actuar de acuerdo con el gobierno inglés, que se negaba a cooperar, y temía además la oposición de Washington.

Las circunstancias propiciaron sus planes. La suspensión del pago de la deuda decretada por el presidente Juárez en julio de 1861 dio a los gobiernos de Madrid, París y Londres un buen pretexto para intervenir. Por lo demás, Estados Unidos se hallaba, desde abril, en plena guerra civil.⁹

⁸ Se localiza en José Manuel Hidalgo, *Proyectos de monarquía en México*, México, Jus, 1962, p. 193-201. Según Andrés Oseguera, quien estaba destinado en la legación de México en París, el folleto fue escrito por Juan Nepomuceno Almonte, y a Hidalgo sólo tocó pulir el estilo y enviarlo a Napoleón III. Ver Antonia Pi-Suñer Llorens, *El general Prim y la "cuestión de Méjico"*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (tesis), 1991, p. 207-209.

⁹ Hidalgo a Francisco de Paula Arrangoiz, [s. l.], 18 de abril de 1862, en *Un hombre...*, p. 38.

Hidalgo percibió entonces, en forma clara y brillante, que el gran momento había llegado. Años después escribió:

¿Quién en mi situación no habría comprendido que debían aprovecharse tan inesperadas circunstancias para realizar lo que con tanta buena fe creíamos necesario para salvar aquella nacionalidad y dar la paz y la tranquilidad? Hasta la circunstancia providencial de haber yo recibido esas cartas [con las noticias] antes de tener la honra de sentarme a la mesa de los emperadores, parecía brindarse a renovar mis gestiones.¹⁰

De modo que aprovechó la oportunidad, y se apuró a comunicar las novedades a los soberanos. La aventura imperial mexicana se comenzó a preparar. Hidalgo la siguió muy de cerca, influyendo en la corte francesa, aproximándose al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo, intrigando cuando lo creía necesario y multiplicando los esfuerzos para triunfar.

Hidalgo formó parte de la comisión designada por la Regencia mexicana para ofrecer la corona a Maximiliano y también de la que presenció su aceptación el 1 de abril de 1864.

Recibió al poco el nombramiento de ministro de México en París. Fungió como tal por algún tiempo; prefería, desde luego, permanecer en Europa que colaborar en el teatro mismo de los acontecimientos. Sin embargo, Maximiliano le perdió la confianza. Le parecía que estaba demasiado vinculado con Napoleón y Eugenia como para defender sus intereses, y le molestaban sus demandas de dinero. Lo mandó llamar a fines de 1865, cuando aquel presentó su renuncia, al verse incapaz de mejorar las relaciones entre los dos imperios.

Hidalgo llegó a la ciudad de México en enero de 1866, después de 18 años de ausencia, para explicar sus actos y hablar sobre los sucesos que tenían lugar en Europa. Si bien el emperador lo recibió de buen grado, la noticia del retiro de las tropas francesas, antes de lo pactado, cambió su actitud. Lo depuso de su alto cargo; muy herido, el diplomático rechazó una designación como Consejero de Estado, que se le daba para mitigar el golpe, y rompió toda relación con el Segundo Imperio mexicano.

Persuadido de que la monarquía patria estaba condenada a muerte, e involucrado como estaba, tuvo terror de quedarse en el país. Sin dudarle, casi sin despedirse —al menos no del emperador—, decidió marchar, y esta vez fue para siempre.

Su papel clave en el proyecto y desarrollo de la causa imperial

¹⁰ Hidalgo, "Apuntes...", p. 17.

había terminado. Desde el mirador europeo presenciara el desplome del vacilante edificio que había ayudado a construir.

Hidalgo pasó los últimos 29 años de su vida en el viejo continente, en medio de las fiestas y celebraciones de la alta sociedad. Se convirtió entonces en uno de los solterones más invitados, en un caballero elegante y solemne, que disimulaba su miseria como podía, y nunca perdió su sentido del humor. Al final de su vida envió crónicas políticas y mundanas al periódico católico *El Tiempo* y escribió varias novelas rosas bastante malas, que vieron la luz en París y tuvieron algún éxito, y en las que los personajes pertenecían a la nobleza y la alta burguesía francesa a las que tanto llegó a conocer. Entre ellas están *Al cielo por el sufrimiento; ensayo* (1889), *Las dos condesas* (1891), *La sed de oro* (1891), *Las víctimas del chic* (1892), *Lelia y Marina* (1894) y *La confesión de una mundana; segunda parte de Lelia y Marina* (1896).¹¹

Recuerdos de juventud. Memorias íntimas fue publicada por la Tipografía de Gonzalo A. Esteva en 1887. Tenían la intención de plasmar sus memorias juveniles “según van viniendo a la memoria”, en una serie de cuartillas escritas “a escape y sin releerlas”.¹² Es éste un libro indispensable para comprender la formación de un conservador.

Hidalgo murió en París a fines de 1896. Como carecía de nacionalidad, el juez de paz del barrio donde residía dispuso la entrega de sus escasas pertenencias al gobierno francés: títulos familiares, fotografías, cientos de cartas, etcétera.

Quizás su mejor epitafio sea la referencia que sobre él hizo Juan Valera, el ilustre escritor español:

Su nombre pertenece a la historia política no sólo de Europa, sino del mundo, en la segunda mitad del siglo XIX. Su intención fue buena. Quiso enviar sosiego, prosperidad, ventura y mayor dosis de civilización a su patria. Si erró en los medios, *a i posteri l'ardua setenza*.¹³

La obra histórica

José Manuel Hidalgo escribió tres trabajos históricos. El objeto del primero, que publicó en 1868, inmediatamente después de la catástrofe imperial, y tituló *Apuntes para escribir la historia de los proyectos de*

¹¹ Cabe citar otros textos de Hidalgo, como *Apuntes biográficos del Excmo. Sr. D. Ignacio Valdivieso* (1861) y *Petites pensées d'un homme nerveux* (1883).

¹² José Hidalgo, *Recuerdos...*, p. VI-VII.

¹³ “Prólogo” en José Manuel Hidalgo, *La sed de oro*, París, Librería Española de Garnier Hnos., 1891, p. IX.

monarquía en México desde el reinado de Carlos III hasta la instalación del emperador Maximiliano, fue dar a conocer los intentos monárquicos relativos a su patria a partir de 1783, para que se pudieran juzgar mejor los últimos acontecimientos. Se esforzó en él por suprimir juicios y reflexiones, y no sugerir conclusiones; deseaba que los lectores decidieran por sí mismos.

La obra mereció tres ediciones ese mismo año de 1868, dos en México por la Imprenta de F. Díaz de León y S. White, y otra en París por la Librería Española de Garnier Hermanos. F. Vázquez la publicó de nuevo en 1904, con un prólogo de Ángel Pola y Benjamín de Gyves, y con el nombre de *Proyectos de monarquía en México*, y Editorial Jus la sumó a su colección “México Heroico” en 1962, con una brevísima presentación de Carlos Alvear Acevedo.

Hacia 1889, Hidalgo empezó a cartearse con Luis García Pimentel, quien estaba interesado en reunir datos para una historia del Imperio Mexicano. Había decidido guardar silencio y lo hizo por más de 20 años; pero le amargaba que nadie tomara en cuenta lo que llamaba heroico silencio y desinterés absoluto. En esta correspondencia, que se extendió hasta su muerte, vio una oportunidad para esclarecer y difundir la verdad. A ella agregó, poco a poco, unos “Apuntes para la historia del Imperio de Maximiliano” y un texto titulado “Ruptura con Maximiliano”, en los que daba continuidad a su primera obra, amén de que —tal vez por la distancia temporal— soltó su pluma y se atrevió a hacer juicios, a mostrar, en fin, una mayor pasión. Estos materiales fueron recopilados, prologados y anotados espléndidamente por Sofía Vereá de Bernal en un libro llamado *Cartas de José Manuel Hidalgo, ministro del emperador Maximiliano*, publicado en 1960. Por desgracia, están incompletos, pues la revolución de 1910 obligó a García Pimentel a mudarse; y luego a salir del país, mientras su casa era ocupada por un destacamento militar, que más de una vez encendió las chimeneas con los papeles archivados.

Análisis de la obra histórica

En sus obras históricas, Hidalgo trató de proceder de lo particular a lo general y probar todas sus afirmaciones con “documentos irrefutables”. Quería que éstos hablaran por sí solos, aunque a veces los trató a su conveniencia: recurrió así a materiales contrarios, sólo si éstos reforzaban sus propuestas. Reunió materiales diversos —testimonios orales, correspondencia personal y diplomática, actas legislativas, papeles oficiales, etcétera—, que por desgracia se han tornado inaccesibles: quemó

una parte; envió otra a García Pimentel; el resto se halla depositado —tal vez— en algún archivo francés.¹⁴

A su visión providencialista de la historia sumó la de un tribunal. Así exclamó:

la justicia y la razón son inmutables; [...] los triunfos materiales que se alcanzan sobre ellas no amenguan, antes enaltecen a sus defensores, y [...] nosotros ni vencedores ni vencidos tememos el fallo de la historia.¹⁵

Su propósito era reivindicar los planes conservadores. México se había formado como una sociedad monarquista; dirigido, durante más de 400 años, por un régimen absoluto, que actuó paternalmente, pero acostumbró al pueblo al orden político y religioso al igual que a la obediencia pasiva, la proclamación súbita de la libertad y la república propició la anarquía, a diferencia de Estados Unidos, donde la práctica del autogobierno desde los días coloniales lo halló preparado para la vida independiente.¹⁶

Además de insistir en que muchos de sus compatriotas apoyaban los proyectos de monarquía, Hidalgo trató de reseñarlos. Los remontó a 1783, esto es, a la propuesta hecha por el conde de Aranda a Carlos III —en el sentido de asentar tres reyes en el Nuevo Mundo y proclamarse él emperador de las Indias—, para luego hacer un recorrido histórico hasta los años de la intervención europea. Reiteró que fueron muchos los involucrados nacionales y extranjeros; de tal suerte, libró a su generación de la responsabilidad total.

Para Hidalgo, la revolución de 1810 fue prematura, y sólo ensangrentó al país. No obstante, las ideas liberales y el deseo de independencia habían cundido. Iturbide suministró una solución con el Plan de Iguala; al desconocer España la emancipación y ceñir la corona el libertador, se abrió paso a la república.

Por desdicha, este régimen no podía prosperar en México, como tampoco en el resto de Hispanoamérica. Al proclamarse una constitución calcada en la de Estados Unidos, el pueblo se encontró, “como por ensalmo”, soberano e igual, y dueño de derechos de cuya existencia no había sospechado. El resultado fue malo: no mejoró ni material ni intelectualmente, y además cayó en manos de individuos ambiciosos, sin experiencia política, para quienes las rebeliones militares se tornaron el mejor medio de escalar el poder.¹⁷

¹⁴ Hidalgo, “Apuntes para la historia...”, p. 43.

¹⁵ *Ibid.*, p. 168. *Vid. supra.*

¹⁶ Hidalgo, *Apuntes para escribir...*, p. XVI-XVII.

¹⁷ *Ibid.*, p. 5.

Se abandonó la economía. Se descuidó la educación popular. Reinaron la inseguridad y la injusticia. A la par, el amor al trabajo feneció, la “empleomanía” prosperó y se relajó la moral pública. Se hicieron grandes fortunas a costa del erario y el contrabando arruinó el comercio legal. Sin garantías, los extranjeros especularon y se originó una serie de reclamaciones que aumentaron desmesuradamente la deuda nacional.

Las referencias de Hidalgo a la historia patria son breves y escasas; su conocimiento de las cuestiones mexicanas era, de hecho, muy limitado. Se ha dicho incluso que “ninguno de los imperialistas mexicanos tuvo en el grado de Hidalgo, una ausencia tan grande de nacionalismo”.¹⁸

Describió en cambio con amplitud los nexos externos. Objetaba la visión liberal de una España usurpadora del continente americano, que comprendía en boca de los indios, pero no en la de quienes no eran más que unos “españoles rebelados”. Por otra parte, a la madre patria, que dejó en México “su civilización, sus hábitos, su lengua, el catolicismo en todo su esplendor, ciudades magníficas, templos suntuosos, edificios públicos, y [gran] número de universidades”, convenía ayudar a los antiguos novohispanos, para proteger a Cuba y a Puerto Rico de la amenaza del vecino de al lado.¹⁹

Se refirió a las ambiciones territoriales de Estados Unidos, que culminaron en la anexión de Texas, una guerra y la obtención de California y Nuevo México. Aludió también a su penetración política y cultural; a su oposición al establecimiento de una monarquía en América, que los hizo echar en los surcos mexicanos la semilla republicana y auxiliar al partido liberal, “sin olvidar hasta la invasión de *Biblias* [...]”²⁰

Como desquite por el auxilio de España a la independencia de sus colonias en América del Norte, Gran Bretaña apoyó y reconoció la independencia. Sin embargo, su interés siempre fue egoísta: reforzada por su antipatía hacia lo latino y lo católico, buscó, ante todo, su desarrollo comercial y naval, mientras el deseo de no disgustar a Washington la hizo callar ante sus usurpaciones, y dejar que prevaleciera el temor a un conflicto. De cualquier modo, algunos de sus delegados acabaron por aceptar que el orden y la prosperidad en México requerían de una

¹⁸ Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970 (Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 9), p. 32-33.

¹⁹ Hidalgo, *Apuntes para escribir...*, p. 12-14.

²⁰ *Ibid.*, p. 18.

monarquía, y que ésta no era posible sin la intervención armada de Europa.

Asimismo, los diplomáticos franceses previeron la posibilidad de una monarquía. Hubo varios intentos por parte de Francia. Tocó a Napoleón III emprender la última aventura, en la que, al menos al principio, no actuó con ningún interés. Si la expedición se demoró fue porque el emperador requirió la cooperación española e inglesa, y Londres exigió el permiso norteamericano, lo cual equivalía a negarse.

Para el autor, el triunfo de Benito Juárez fue el de la “demagogia disfrazada”, y se debió, en buena medida, a “el favor y la gracia” de Estados Unidos. Equivalió a entregar a la “gente de orden” a una turba “brutal e irreverente” y arriesgar, además, la soberanía de la nación.²¹

De cualquier modo, el presidente de México cometió un error: suspender el pago de la deuda extranjera. Esto propició la intervención tripartita y permitió a Hidalgo aseverar que “en la acción de las potencias europeas ni hubo influencias extrañas, ni acudieron a la voz de un partido, sino por un deber de dignidad que el interés de esas naciones y de sus súbditos reclamaban imperiosamente”.²² Agregó que la guerra de secesión en Estados Unidos no había definido el momento de la intervención, sino que “ésta tuvo origen en el estado en que se encontraba México, así que la Europa no eligió la época de intervenir, sino que se creyó forzada a ello”.²³

Correspondía a España, aliada natural de México y la más afectada por su porvenir, encabezar la susodicha intervención. Mas este liderazgo fue “una vana ilusión”. El autor lamentaría después la conducta de la metrópoli, que en vez de “secundar los esfuerzos de los que deseaban salvar la nacionalidad de México”, los impidió en todas las formas posibles. Culpó a la reina Isabel II, a Calderón Collantes, ministro de Estado, y sobre todo al general Prim.²⁴ Se refirió al último como a “un bandido sin escrúpulos, un *condottieri*, cuya vida privada y pública era un escándalo”.²⁵ Lo acusó de pedir el mando de la expedición, boicotear las negociaciones, entregarse a los ingleses, alentar a los juaristas y propiciar la ruptura. Relató también el rumor, que corrió entonces, de que el conde de Reus aspiraba a la corona de México.

Al referir estos últimos hechos, Hidalgo mantuvo una actitud aséptica: se limitó a narrarlos y no juzgar. Entre líneas se lee, empero, su conclusión: España abandonó una empresa a la que “sus gloriosas

²¹ *Ibid.*, p. 7-8, 35.

²² *Ibid.*, p. 44.

²³ *Ibid.*, p. 141.

²⁴ *Ibid.*, p. 50, 59; ver también “Apuntes para la historia...”, p. 35.

²⁵ Hidalgo, “Apuntes para la historia...”, p. 30.

tradiciones, sus colonias y sus intereses comerciales y políticos” la obligaban a participar.

De suerte que Francia se quedó sola, dispuesta a realizar la misión generosa a que la llamaban el deber y el honor, a saber, la fundación de un gobierno de orden y progreso. Hidalgo se empeñó en probar, a cada paso, que tal misión gozaba del consenso nacional, y reiteró cómo “las tropas imperiales y las francesas eran recibidas con gran entusiasmo en todas partes”.²⁶

En sus escritos históricos, nuestro autor mostró su gran amor por aquella nación y gran lealtad por sus emperadores. Nunca los criticó; los temas escabrosos los tocó de pasada —los convenios de Miramar, por ejemplo— o en forma incompleta —por ejemplo, el riesgo que implicaban los planes galos de colonizar el noroeste de México. Trató incluso de comprender las razones por las cuales se ordenó la vuelta del ejército. En efecto,

Napoleón, chasqueado de no haber encontrado en Maximiliano el hombre inteligente, leal y agradecido en que creía, comprometido ante Francia por una empresa que no correspondió a la buena fe y desinterés con que él la inició, debía tener un resentimiento de despecho contra nuestro emperador y de vergüenza ante Europa, que su dignidad le obligaban a callar. Sus propios sentimientos y sus intereses le llevaban a romper con Maximiliano y a retirar su ejército.²⁷

En cuanto a Maximiliano, enumeró las razones por las cuales se le ofreció el trono de México: su conducta progresista cuando gobernó Lombardía-Venecia, su popularidad en Europa, que su nacionalidad no fuera la de los poderes interventores —lo cual evitaba celos inútiles—, el deseo de Napoleón III de congraciarse con Viena —a la que había derrotado recientemente— y la creencia de que era el hombre adecuado para regenerar el país. Si no se nombró a un príncipe español fue, sobre todo, porque ninguno era conveniente y muchos mexicanos lo interpretarían como una reconquista.

Hidalgo reconocía que Maximiliano se ganó la confianza de los conservadores,²⁸ aunque entre éstos había tendencias diferentes. Así, mientras Gutiérrez Estrada favorecía “una monarquía pura, que sea en realidad una dictadura con cetro y corona”,²⁹ él coincidía con los

²⁶ Hidalgo, *Apuntes para escribir...*, p. 138.

²⁷ *Ibid.*, p. 87.

²⁸ Salvo del padre Francisco Javier Miranda, quien “fue el único en quien hizo mala impresión Maximiliano”. Hidalgo, “Apuntes para la historia...”, p. 52.

²⁹ Hidalgo, “Ruptura con Maximiliano”, en *Un hombre...*, p. 92.

pensadores jesuitas del siglo XVII, como Francisco Suárez y Roberto Belarmino, y últimamente con el sacerdote y filósofo español Jaime Balmes, y creía que “el poder lo reciben los monarcas de la sociedad, y no directamente de Dios”.³⁰

Sin embargo, el archiduque había engañado a todos. A cada quien dijo lo que quería oír, e hizo luego lo que le pareció. No favoreció a los fundadores del imperio, sino a su séquito, y se entregó al partido liberal en aras de la popularidad. A su ministro en París lo trató muy mal:

La verdad es que no quería verme, sin duda porque no se atrevía a decirme cara a cara que se había pedido mi reemplazo, pues aunque yo no habría podido decirle con la palabra que mentía, le habría mirado en lo blanco de los ojos para que lo adivinase [...] Estoy seguro de que prefirió dar el golpe por detrás, y decir con Maquiavelo: “Calumnia, calumnia, que siempre algo queda”.³¹

No de otro modo, Hidalgo acusó a Maximiliano de mentiroso, desleal, populista, cobarde e incapaz de gobernar. Era también ambicioso y traidor: había aspirado a la corona de Hungría y, de haber podido, hubiera arrebatado a su hermano el cetro imperial.

A sus ojos, la heroica muerte del joven emperador lo rescató ante el tribunal de la historia. Se mostró generoso; la injusticia sufrida no le impidió lamentar lo que advertía como “un atentado de lesa-civilización”.³²

Que el Segundo Imperio hubiera fracasado no quitaba valor a la empresa. Sus fines habían sido nobles. Ni más ni menos que:

aplicar el remedio que había de concluir con esa época de desunión y matanza, de lágrimas y miserias [...] establecer un gobierno fuerte y de progreso, que aplicase, en cuanto fuese posible con el orden y el principio de autoridad, una libertad ilustrada, no esa democracia [...] que trastorna sin fruto los fundamentos de la sociedad, que cifra la libertad en la tiranía de las turbas, y la igualdad en el reinado de la anarquía [...].³³

Hidalgo renovaba, *a posteriori*, el discurso conservador, y anunciaba, sin querer, el futuro político del país. En efecto, rechazaba el republicanismo y la democracia y hacía depender la salvación de México de un gobierno fuerte y enérgico, que fuera independiente de la

³⁰ Citado en “Apuntes para la historia...”, p. 24.

³¹ Hidalgo, “Ruptura...”, p. 89.

³² *Ibid.*, p. 118.

³³ Hidalgo, *Apuntes para escribir...*, p. XXI.

caprichosa voluntad de las masas, y resolviese las desgracias nacionales en forma paternal.

Nuestro autor se refirió también a los resultados de la derrota: sus correligionarios hubieron de abdicar a toda injerencia sobre los asuntos de México, además de que el sistema monárquico perdió todo prestigio así como la capacidad para librar del caos y la postración a Hispanoamérica, que jamás progresaría bajo el régimen republicano y se veía condenada a “sucumbir a su propia debilidad”.³⁴

No olvidó lo más grave: que Europa enfrentaría desde entonces el desafío de Estados Unidos, “esa república que nació pigmea y es ya gigante”, y que se hallaba destinada a dominar el Nuevo Mundo, desarrollar su industria gracias a la gran inmigración, controlar las vías interoceánicas y por ende el comercio con Asia, disponer de una flota mercante y de guerra sin igual y eliminar, en fin, los vestigios de la civilización española.³⁵

Conclusión

Los antecedentes familiares —españoles, nobles y católicos—, las relaciones sociales y la propia experiencia vital del autor habían determinado la orientación política de José Manuel Hidalgo. Su obra histórica respondió a una necesidad existencial: la justificación de una causa política, la defensa, por último, de determinados principios. No se trataba de prever, pues las propuestas conservadoras —las suyas— habían sido condenadas a la extinción. Rígido en sus opiniones políticas frente a los cambios, el México de la República Restaurada y el Porfiriato, de los que fue contemporáneo, le serían totalmente ajenos.

Su visión del mundo fue la del partido conservador: México debió constituirse en monarquía, no absoluta, pero sí moderada, encontrar el justo medio entre el absolutismo y la tiranía de las chusmas. Pudo así combinar el pasado y el presente y entrar a la modernidad. Lanzarse por los caminos republicanos significó traicionarse a sí mismo y por ende fracasar.

En cuanto al exterior, veía a España, la madre patria, como la aliada natural. Juzgaba a Francia como la segunda opción: consistía, al menos, en una nación latina y católica. El enemigo era el anglosajón y protestante, a saber, Inglaterra, de la que nunca habló bien, y Estados

³⁴ *Ibid.*, p. XXI-XXII.

³⁵ *Ibid.*, p. XXII-XXIII, 18.



Unidos, que no escondía sus ambiciones y amenazaba con destruir a la nación.

Los tres trabajos, que expresan el providencialismo del autor tanto como la tarea reivindicadora y de tribunal que asignó a la historia, constituyen fuentes indispensables para el estudio de la Intervención Francesa y el Segundo Imperio y merecen un lugar especial en la historia de la historiografía mexicana. Revelan una visión del pasado que afectó y fue compartida, en alguna medida, por sus correligionarios. Son, en fin, un testimonio de sumo interés para desentrañar otros valores, los no oficiales y derrotados, e iluminar las razones y los hechos de quienes pugnaron por la creación de una monarquía mexicana y cooperaron en el fallido intento de Maximiliano de Habsburgo.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS